

PROMETEO, EL BIENHECHOR DE LOS HOMBRES

La historia de Prometeo tiene mucho que ver con la suerte que ha corrido la humanidad. Se le considera el "bienhechor de los hombres", nuestro "benefactor", ya que arriesgó mucho por el bien de nuestra raza: como remoto precursor de Robin Hood, robó el fuego de los dioses para entregárselo a los humanos. Desde el punto de vista de la mitología griega, se puede decir que al valiente titán debemos lo que somos. ¡Gracias, Prometeo, por tu arriesgada filantropía!

Hijo del Titán Jápeto y, por tanto, "primo" de Zeus (vástago del Titán Crono), Prometeo recibió el encargo del padre de los dioses y los hombres de distribuir todas las cualidades, facultades y armas naturales entre todos los seres recién creados. Zeus confió en la sabiduría y el sentido común de Prometeo para llevar a cabo tan delicada misión. Pero éste tenía un hermano, llamado Epimeteo, menos prudente y un tanto torpe, que rogó a Prometeo le dejara el cuidado de hacer la distribución. Prometeo cedió a los ruegos de su hermano y le encomendó la divina tarea. Epimeteo se apresuró a llevarla a cabo, entregando a unos animales la fuerza, a otros la rapidez, a otros la agilidad o la facilidad para ocultarse, a los más débiles les dotó de agudos sentidos o de aguijones venenosos para poderse defender, a los más lentos les concedió caparazones

o les recubrió la piel con pinchos, a los que vivían en zonas frías los protegió con una gruesa piel y abundante pelo, de tal forma que todos los seres de la tierra dispusieran de las armas suficientes para que su supervivencia quedara garantizada.

La imprudencia de Epimeteo le llevó a gastar enseguida todas las cualidades en favor de los animales y cuando le tocó proveer a la raza de los hombres se encontró con que no le quedaba ni fuerza, ni velocidad, ni unos sentidos agudos ni siquiera una gruesa piel para protegerse del frío. Asustado por la embarazosa situación en la que se encontraba y sin saber qué hacer, reclamó la ayuda de su hermano. Prometeo acudió a inspeccionar su trabajo y contempló a todas las especies animales armoniosamente equipadas, cada una con las facultades y las armas naturales que le permitirían sobrevivir. Pero cuando vio al hombre desnudo y falto de recursos, le sobrecogió un profundo sentimiento de compasión y decidió arriesgar su vida en favor de aquel ser que estaba condenado a desaparecer a corto plazo de la faz de la tierra.

Para enderezar la torpeza de su hermano, el osado Prometeo sustrajo chispas del fuego de la fragua de Hefesto, el dios constructor de las mansiones del Olimpo y de las armaduras de los grandes héroes, y se las entregó a los seres humanos. Esas ascuas representan el arte y la inteligencia. Gracias a este don inmerecido, los hombres pudieron fabricarse vestidos para protegerse del frío, construir armas para cazar y casas para defenderse de las fieras, de este modo, el hombre, pobre de nacimiento, se convirtió en el dueño y señor de la naturaleza.

Pero el atrevimiento de Prometeo no quedó impune. Enterado Zeus del ultraje cometido, le envió a Pandora, la primera mujer, como regalo. Viendo las intenciones de Zeus, Prometeo la rechazó, pero su hermano se desposó con ella. La ira de Zeus al ver al

hombre partícipe de un privilegio divino llegó a tal extremo que decidió castigar a Prometeo con dureza: lo encadenó a una roca en las montañas del Cáucaso y le envió un águila que le roía el hígado durante el día, mientras por la noche la víscera se regeneraba. Nuestro benefactor fue liberado por Heracles, quien mató al águila de un flechazo y rompió las cadenas con su espada.

Sugerencias

El mito de Prometeo encierra grandes secretos sobre nuestra naturaleza. El fuego de los dioses representa la inteligencia (tradicionalmente se ha interpretado como luz), que no la tenemos por derecho propio, sino que nos ha sido entregada, regalada. Por eso, los hombres que usaban de su inteligencia para negar a los dioses eran considerados desagradecidos e impíos. La virtud de la piedad consiste justamente en aceptar ese don y sentirse agradecido. Del mismo modo, el querer convertir al ser humano en su propio Prometeo (¿no es éste el proyecto de la modernidad?), quien habría robado el fuego por su cuenta y habría sustituido a los dioses (¿cómo no pensar en el "superhombre" nietzscheano?), supone también un acto de soberbia e impiedad. Siempre me ha llamado la atención que la obra de Mary W. Shelley, Frankenstein, escrita a principios del siglo XIX, lleve este subtítulo: El moderno Prometeo.

Pero la inteligencia, que significa también conciencia y voluntad, es decir, lo que nos hace humanos y nos diferencia de los animales, ha sido robada para nosotros. Lo que significa que, entre los dioses, tenemos un benefactor que confía en nosotros y que ha sido capaz de arriesgar su vida por nuestra causa. Por ser un regalo y, además, algo robado, su consistencia no depende de quien la posee, sino más bien son los dioses los que

deben soplar continuamente para mantener esa pequeña ascua encendida. Si dejaran por un momento de exhalar su aliento, simplemente se apagaría y quedaríamos convertidos en cenizas.

Esa minúscula chispa vale más que todas las facultades, armas, habilidades y destrezas que encontramos en los demás seres, porque su origen es divino. Ese pequeño regalo de Prometeo, no sólo nos ha permitido sobrevivir (como ponen de manifiesto los antropólogos), sino que nos hace ser semi-dioses, emparentados con ellos, porque bien podemos decir que lo que radicalmente nos constituye no es sólo barro.

Creo, sin embargo, que en la actualidad Prometeo no se sentiría orgulloso de los hombres. Nuestra arrogancia nos ha llevado a ser incrédulos, a despreciar a nuestro benefactor. Nos hemos construido a nosotros mismos de espaldas a los proyectos del Olimpo. Quizá seamos nosotros el águila que picotea sin cesar el hígado del pobre Prometeo.